

Servidores de los jóvenes

Invitación a orar la Palabra

“El don más hermoso que podemos ofrecer a los jóvenes es la posibilidad de encontrar al Señor Jesús; es la propuesta de una educación que se inspira en el Evangelio y que abre a los jóvenes “la puerta de la fe”... Nos dedicamos a la Misión “con actividad incansable, procurando hacer bien todas las cosas con sencillez y mesura” (C 18), siguiendo el ejemplo del Señor Jesús quien “como el Padre, trabaja siempre” y a imitación de Don Bosco, que se ha gastado “hasta el último suspiro”. El trabajo apostólico exige en ocasiones, renunciaciones, fatigas y sacrificios, que tienen sentido si están finalizados hacia un bien más grande: “la gloria de Dios y la salvación de las almas”¹.

La misión nos identifica en la Iglesia como consagrados a Dios y a los jóvenes “y da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta” (C 3). “En el cumplimiento de esta misión, encontramos el camino de nuestra santificación” (C 2). F. J. Moloney nos ofrece dos textos de reflexión en vista de una oración en la que se contempla, en primer lugar, que el servicio a los jóvenes es, ante todo, servicio a Cristo Jesús; y en segundo, que el ministerio apostólico es un servicio sin medida.

El relato de la primera multiplicación de los panes recuerda que Jesús sacia a la multitud movido por su compasión, y sin tener apenas en cuenta la falta de disponibilidad de los discípulos. Sólo cuando pongan a su disposición lo poco que tienen, Jesús hará el prodigio: la pequeñez del alimento no es excusa para no dar de comer a la multitud. Para servir a la gente los discípulos deben aprender a entregarlo todo, aunque sea muy poco, a Jesús para que Él se entregue totalmente a los demás.

El ministerio apostólico requiere total entrega de sí, como Pablo confiesa a los inquietos cristianos de Corinto. Y para entregarse totalmente, el apóstol debe ser totalmente libre. Para salvaguardar la gratuidad del mensaje, el mensajero debe saber renunciar a los propios derechos, incluso a los más nobles e irrenunciables. Su honor, su salario, consiste en poder trabajar por el Evangelio: ser apóstol es tarea y recompensa, confianza y premio. Predicar no es algo que uno escoge, es una necesidad de la cual uno no se puede liberar. Ligado indisolublemente al evangelio, deberá ofrecerlo prescindiendo de su persona, con tal que pueda ganar a alguno (¡) para Cristo.

¹ Pistas de reflexión y de trabajo sobre el tema del CG 27, ACG 413 (2012) 65.

I.- Jesús alimenta a la multitud: Marcos 6, 30-44

Introducción

El tema del servicio a los jóvenes, tan central para la vocación salesiana, ha sido identificado por el Rector Mayor como uno de los núcleos temáticos del CG 27. Una atenta *lectio* salesiana de Mc 6, 30-44 ofrece una base para este tema. En cualquier iniciativa cristiana, el creyente debe reconocer que la “misión” de servicio tiene su origen en Dios, mediante su Hijo Jesucristo. Este pasaje habla de la indisponibilidad inicial de los discípulos para dar alimento a la multitud. Jesús los coloca en la posibilidad de hacerlo, usando de su misma pobreza para quitar el hambre de la grande muchedumbre. Así, el Señor nos conduce también a nosotros –que en ocasiones también somos reacios– para que asumamos nuestra pobreza y la entreguemos totalmente a los jóvenes.

Texto bíblico

30 Los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. 31 Él les dijo:

‘Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco’.

Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer.

32 Se fueron en barca a solas a un lugar desierto. 33 Muchos los vieron marcharse, y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. 34 Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas.

35 Cuando se hizo tarde se acercaron sus discípulos a decirle:

‘Estamos en despoblado y ya es muy tarde. 36 Despídelos, que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor y se compran de comer’.

37 Él les replicó:

‘Dadles vosotros de comer’.

Ellos le preguntaron:

‘¿Vamos a ir a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?’

38 Él les dijo:

‘¿Cuántos panes tenéis? Id a ver’.

Cuando lo averiguaron, le dijeron:

‘Cinco, y dos peces’.

39 Él les mandó que la gente se recostara sobre la hierba verde en grupos.

40 Ellos se acomodaron por grupos de cien y de cincuenta. 41 Y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los iba dando a los discípulos para que se los sirvieran. Y repartió entre todos los dos peces. 42 Comieron todos y se saciaron, 43 y recogieron las sobras: doce cestos de pan y de peces.

44 Los que comieron eran cinco mil hombres (Marcos 6, 30-44; traducción oficial de la Conferencia Episcopal Española).

Comentario exegético-espiritual

Una característica del evangelio de Marcos son las dos narraciones de Jesús que sacia el hambre de la multitud (Mc 6, 30-44 y 8, 1-10). Estas narraciones juegan un papel

importante en cuanto al modo en que Marcos desarrolla su presentación de Jesús y sus discípulos. El primer episodio se sitúa en Israel, del lado hebreo del lago de Galilea. Entre el primer milagro y el segundo, Jesús afronta el rechazo de los jefes de Israel y denuncia con palabras fuertes sus actitudes (7, 1-23). Dejando Israel, Jesús va a Tiro y Sidón (vv. 24-30), y luego a la Decápolis pagana (vv. 31-37). Encontrándose ahora en una región pagana, del otro lado del lago, alimenta de nuevo a la multitud. No es posible malentender el mensaje de Marcos: Jesús, mediante sus discípulos, nutre tanto al judío (6, 30-44) como al pagano (8, 1-20).

Marcos 6, 30 cierra el episodio previo en el relato evangélico, o sea el regreso de los discípulos enviados a la misión (6, 7-30), y abre nuestro texto, 6, 30-44. Mientras tanto, entre el envío de los Doce (vv. 7-13) y su regreso (v. 30) se presenta la muerte de Juan Bautista (vv. 14-29). Este acontecimiento se coloca en el corazón del balance de la primera misión de los Doce, para indicar el modelo del discipulado: éste cuesta nada menos que *todo*. Luego, en el v. 30, los Doce regresan con Jesús, con la idea de haber llevado a cabo todo. A Jesús, que los ha constituido (3, 14) le refieren todo lo que han hecho. La muerte de Juan Bautista, junto con el malentendido de los discípulos acerca de la verdadera fuente de la realización de su misión, constituye una advertencia al lector salesiano: el servicio de los jóvenes no se refiere tanto al individuo y sus talentos, sino a su disponibilidad a entregarse a la misión hasta el último suspiro, como nos recuerda la vida de Don Bosco (C 1, 14, 21).

En el v. 31, Jesús habla con los discípulos, pidiéndoles que se retiren un poco, y vayan a descansar a otro lugar porque “la gente iba y venía, y no encontraban tiempo ni para comer” (v. 31b). Jesús y sus discípulos dejan físicamente el lugar y se van a otro, solitario, atravesando el lago (v. 32): pero todo esto es en vano. La atracción de Jesús es demasiado fuerte. Muchos acuden, a pie, “de todas las ciudades”. Están ya allí, esperando a Jesús y a sus discípulos cuando llegan (v. 33). Este entusiasmo de la gente contrasta con la incomprensión de los discípulos. Sucede a menudo que los discípulos, también nosotros, salesianos, no reconocemos el milagro de estar tan cerca del Señor. Nos sentimos enfadados, simplemente haciendo lo que debemos hacer, sin darnos cuenta de la gran riqueza que poseemos y que debemos compartir con los demás. Nos parecemos a los discípulos de Jesús en esta escena.

Al ver a la gran muchedumbre, que ha acudido de todas partes, Jesús se conmueve (v. 34^a), y Marcos usa la imagen de “ovejas sin pastor” para describir los sentimientos de Jesús (v. 34b). Su actitud evoca las palabras de Yavé a Moisés: “para que la comunidad del Señor no sea un rebaño sin pastor” (Num 27, 17). Evoca igualmente un aspecto esencial del salesiano, el cual está llamado a ser un seguidor del Buen Pastor, participando de su compasión por los más necesitados, especialmente los jóvenes (C 27, 95). En la medida en que avanza el relato del milagro, se verá a Jesús que ordena a sus discípulos a preocuparse, también ellos, de la grey (cfr. vv. 37-41). Mientras tanto, en este escenario, Jesús enseña “muchas cosas” a la gente. Como Moisés, Jesús enseña y también ofrece alimento en el desierto (v. 34c).

Los discípulos, frágiles como son, hacen notar a Jesús lo avanzado de la hora y lo aislado del lugar. Le piden que despida a la gente para dejar que vayan a comprar algo para comer (vv. 35-36). Pero Jesús les invita a participar de su compasión, ordenándoles: “Vosotros mismos dadles algo de comer” (v. 37^a). Llamados por el Buen Pastor a unirse a él en la misión de la preocupación por los necesitados, los discípulos habían escogido el camino fácil: ¡despedirlos! Pero, como enseña el relato de la muerte de Juan Bautista (vv. 13-29), el discípulo de Jesús debe dar todo para vivir una vida enraizada en el Evangelio: éste es el radicalismo evangélico que está en el corazón de la convocación del CG 27.

Hay una urgente necesidad: dar de comer a la gente (vv. 36-37). Es necesario tomar bajo su cuidado a las ovejas que están sin pastor. Y nosotros, salesianos, hemos sido llamados por Jesús y la Iglesia está precisamente para esto (C 26, 31). La respuesta de los discípulos a la orden de Jesús se centra en torno al dinero y al pan (v. 37b). ¿Es también ésta nuestra estrategia: ofrecer otro edificio, otro proyecto, más personal cualificado, más estructuras costosas y modernas? Jesús, en cambio, se interesa de la

pobreza de sus discípulos, no de lo que poseen. Ellos le informan que sólo tienen cinco panes y dos peces (v. 38). Lo que *poseen* –en este caso, lo que no poseen- les preocupa. Pero esto no preocupa al Buen Pastor.

Se le pide a la gente que se siente “sobre la hierba verde” (v. 39). Este detalle no se menciona simplemente para añadir un poco más de colorido. Remite, en cambio, al salmo 23, 1: “El Señor es mi Pastor: nada me falta; en verdes praderas me hace reposar”. Continúan los temas del Buen Pastor y del Éxodo mientras Jesús hace que la gente se siente en grupos de cien y de cincuenta (v. 40). Los números reflejan los grupos que marcharon en el desierto, tal como viene descrito en el Éxodo 18, 21-25, Num. 31, 14 y Dt. 1, 15. Como al pueblo del Éxodo que se encuentra en la necesidad, Jesús da de comer, y pide a los discípulos que se unan a ellos en este viaje inquieto hacia el futuro en Dios. Jesús es quien tiene el control, conduciendo hacia donde Él quiere que vayan. Ni los discípulos, ni el salesiano de hoy determina el camino (C 31, 34).

Tomando lo poco con que los discípulos cuentan, Jesús realiza diversas acciones: “tomó”, “levantó los ojos al cielo”, “pronunció la bendición”, “partió los panes y los iba dando... para que los distribuyeran” (v. 41). Estas acciones tienen su origen en las prácticas eucarísticas de las comunidades primitivas (ver Mc. 14, 22). Las palabras de Marcos nos hacen pensar en nuestras celebraciones eucarísticas. Un detalle que hay que resaltar es que *Jesús da a los discípulos el pan que ha bendecido y partido para que lo distribuyan a la gente. No obstante su incapacidad para comprender su papel de pastores, Jesús los habilita para que se unan a su preocupación por los necesitados.*

El comentario: “todos comieron y se saciaron” (v. 42) retoma el tema del pastor del salmo 23, 1: “Nada me falta”. Continúa la relación entre el dar de comer a cinco mil personas y la Eucaristía. Los discípulos recogen los pedazos de pan y de pescado que sobran, y llenan doce canastos. En la Iglesia primitiva, la palabra griega que se utiliza aquí (*klasmata*) designaba el pan eucarístico (ver Juan 6, 12). Se establece un estrecho lazo con Israel mediante la recolección de las doce canastas de pedazos de pan que sobran. El alimento compartido por la multitud que ha venido de todas las ciudades de Israel (ver v. 33) permanece todavía utilizable, a diferencia del maná del Éxodo que se pudría después de un día (Ex. 16, 19-21). El pan que da Jesús está siempre a disposición, en los doce canastos. En este milagro, el número “doce” se basa en el número original de las tribus de Israel, ahora personificadas por los “Doce” de Jesús. Nosotros somos hoy sus herederos, invitados, como los discípulos de Jesús, a tomar parte en el banquete y a invitar a otros a participar de él. Este es el misterio que subyace en el centro eucarístico de la vida salesiana. De él “sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes” (C 88).

La Palabra de Dios nos enseña que Jesús toma de la debilidad y pobreza de los discípulos de todos los tiempos, y sacia el hambre tanto del judío (6, 30-44) como del pagano (8, 1-10). Jesús alimenta al mundo entero. El trasfondo eucarístico liga este acto de saciar el hambre de la humanidad con el misterio y la misión central y universal de la Iglesia. La presencia continua de los discípulos, la Iglesia cristiana, está llamada a nutrir a los pueblos de todos los tiempos. La vocación salesiana, actualmente presente en los cuatro ángulos de la tierra y comprometida incondicional e incansablemente en el servicio de los jóvenes (C 1, 78), encuentra aquí sus raíces evangélicas y eucarísticas.

Sugerencias para la aplicación a la vida y a la oración

- ¿Reconoces la importancia de las palabras de Jesús: “Vengan a solas, a un lugar desierto, a descansar un poco” (v. 31)? ¿O te das cuenta de que tu vida salesiana atiborrada de acciones considera estas ocasiones (cfr. C 85-95) como una pérdida de tiempo? ¿Haces lo posible por evitar estos momentos comunitarios y personales? ¿Cuán importantes son para ti los momentos de oración comunitaria y personal? ¿Sientes la necesidad de rezar siempre más, y pides ayuda para este aspecto de tu vida salesiana?

- Tu interés y entusiasmo por la misión ¿es todavía tan fuerte como lo era cuando has iniciado la misión salesiana? ¿Ves a los jóvenes como a aquéllos que “de todas las ciudades comenzaron a acudir, caminando” (v. 33)? En tu reflexión, pide al Señor la pasión para servir a los jóvenes.
- La presentación de Jesús como el Buen Pastor se ha convertido en una imagen bíblica central para la Congregación y su Misión. ¿Qué te dice este pasaje evangélico acerca de Jesús, Buen Pastor, y de ti, que continúas la misión del buen Pastor? Pide al Señor una generosidad de corazón, una laboriosidad incansable y el coraje de reconocer que tu misión como Buen Pastor de los jóvenes te costará nada menos que todo (C 95).
- ¿Sientes la tentación de escapar a la responsabilidad de cuidar de los necesitados, enviándolos a otra parte? En ocasiones ¿ocupas demasiado tiempo, dinero y esfuerzo para asegurar que tengamos estructuras, organización, propiedades, preparación profesional, expertos y otras cosas semejantes?
- “Vosotros mismos dadles de comer... ¿Tenemos que ir a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?” (v. 37). ¿Te das cuenta de que es una pregunta equivocada? Ofrece al Señor tu pobreza, y deja que Él la transforme en una abundancia que puede regalar a los jóvenes. Reflexiona esto, enumerando los aspectos más débiles de tu persona y de tu ministerio, y pide al Señor que los transforme en servicio para los jóvenes.
- Dar de comer a la multitud prefigura el don de la Eucaristía. Está siempre abierto al mundo (C 7). ¿Tu Eucaristía es la fuerza motriz del don de ti mismo a los jóvenes?
- La presencia universal de los salesianos en todo el mundo ¿es, de alguna manera, eucarística? ¿Participas de esta presencia?
- ¿De qué manera la Eucaristía se conecta con el don radical de ti mismo a los jóvenes? ¿Es simplemente algo que hacemos juntos cada día? ¿O significa algo más, para ti y tu comunidad? ¿Qué te dice, respecto a tu misión?
- Esta reflexión sobre la Palabra de Dios ¿te lleva más profundamente dentro del misterio del Buen Pastor que te llama a ser un buen pastor de los jóvenes, entregándote sin tener en cuenta el precio – un poco como Juan Bautista- a favor de aquellos que tienen más necesidad de ti?
- Estamos llamados a convertirnos en Eucaristía y no simplemente a celebrar la Eucaristía. Pide al Señor la fuerza y el ánimo para vivir el carácter eucarístico de tu vocación salesiana con entusiasmo y convicción.

II. Hacerse todo para todos: 1 Corintios 9, 1-27

Introducción

Nuestro primer momento de oración y reflexión se ha concentrado en el aprendizaje, de parte de los discípulos de Jesús, del arte de entregarse totalmente al pueblo (Marcos 6, 30-44). Terminada aquella reflexión, pasemos ahora al apóstol Pablo, para participar de su ardor de auténtico discípulo de Jesús. No hay límites al don de sí por parte de Pablo. Sucede que algunos que trabajan por la difusión del Evangelio lo hacen con buenas intenciones, pero para su propia autorealización y éxito personal. Pablo lanza un reto a los Corintios – y a nosotros. Su camino no es un camino de privilegio. Para todo aquel que gasta su propia vida en el ser y hacerse todo para todos no hay un límite en la donación de sí. De hecho, nuestra vocación salesiana de servicio a los jóvenes no conoce límites: “He prometido a Dios que hasta mi último suspiro será para mis pobres jóvenes” (C 1).

Cita bíblica

9,1 ¿No soy yo libre? ¿No soy apóstol? ¿Es que no he visto yo a Jesús, nuestro Señor? ¿No sois vosotros hechura mía en el Señor? 2 Si para otros no soy apóstol, por lo menos para vosotros sí lo soy, pues vuestra condición de cristianos es la garantía de mi apostolado. 3 Esta es mi defensa contra los que me discuten. 4 ¿Acaso no tenemos derecho a comer y a beber? 5 ¿No tenemos derecho a que nos acompañe una mujer cristiana lo mismo que los demás apóstoles, los hermanos del Señor y el mismo Pedro? 6 ¿O es que Bernabé y yo somos los únicos que no podemos dejar otros trabajos? 7 ¿Cuándo se ha visto que un soldado corra con los gastos de la guerra? ¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño y no se alimenta de su leche? 8 ¿Os parece que alego razones humanas y que la ley no dice eso? 9 Pues en la ley de Moisés está escrito: *No pondrás bozal al buey que trilla.* ¿Lo dice Dios porque le preocupen los bueyes, 10 o más bien por nosotros? Sin duda que está escrito en atención a nosotros, porque tanto el que ara como el que trilla deben hacerlo con la esperanza de participar en los frutos. 11 Si en vosotros hemos sembrado bienes espirituales, ¿será mucho que recojamos bienes materiales? 12 Si otros tienen derecho a participar de vuestros bienes, ¿no lo tenemos más nosotros? Y sin embargo, no hemos usado de este derecho; al contrario, lo soportamos todo para no poner obstáculo alguno al evangelio de Cristo. 13 ¿No sabéis que los que ejercen funciones sagradas viven de ese ministerio, y que los que sirven al altar participan de lo que se ofrece en el altar? 14 De la misma manera, el Señor ha ordenado que los que anuncian el evangelio, vivan del evangelio. 15 Pero yo no he hecho uso de esos derechos, ni os escribo estas líneas para reclamarlos. Prefiero morir antes que... No, nadie va a privarme de este título de gloria. 16 Porque anunciar el evangelio no es para mí un motivo de gloria; es una obligación que tengo, ¡y pobre de mí si no anunciara el evangelio! 17 Merecería recompensa si hiciera esto por propia iniciativa, pero si cumplo con un cargo que otro me ha confiado 18 ¿dónde está mi recompensa? Está en que, anunciando el evangelio, lo hago gratuitamente, no haciendo valer mis derechos por la evangelización. 19 Siendo como soy plenamente libre, me he hecho esclavo de todos, para ganar a todos los que pueda. 20 Me he hecho judío con los judíos, para ganar a los judíos; con los que viven bajo la ley de Moisés, yo, que no estoy bajo esa ley, vivo como si lo estuviera, a ver si así los gano. 21 Con los que

están sin ley, yo, que no estoy sin ley de Dios pues mi ley es Cristo, vivo como si estuviera sin ley, a ver si también a éstos los gano. 22 Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles. He tratado de adaptarme lo más posible a todos, para salvar como sea a algunos. 23 Y todo esto lo hago por el evangelio, del cual espero participar. 24 ¿No sabéis que, en las carreras del estadio, todos corren, pero solamente uno alcanza el premio? Corred de tal manera que lo alcancéis. 25 Los atletas se abstienen de todo con el fin de obtener una corona corruptible, mientras que nosotros aspiramos a una incorruptible. 26 Yo, pues, corro, no como a la ventura; lucho, no como quien azota el aire, 27 sino que disciplino mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, después de enseñar a los demás, quede yo descalificado.

Comentario exegético-espiritual

Pablo había fundado la comunidad de Corinto (v. Hech 18,1-11), pero ahora se da cuenta de que hay problemas serios en aquella comunidad inmadura. Están divididos entre sí (1 Cor 1-4. Ver 1,11); no respetan la importancia cristiana del cuerpo humano (5,1-6,20); hay problemas en los matrimonios (7, 1-9) y en el ámbito de la sexualidad (7, 17-40). En una larga sección, trata de las dificultades que desde fuera afectan a un grupo minoritario inserto en un mundo lleno de cultos paganos (8,1-11,1); trat también del uso de los dones del Espíritu (12-14). Finalmente, se ocupa de la cuestión de la resurrección de los muertos (15, 1-58). En 9, 1-27, en el corazón de su intensa interacción con su comunidad, les lanza un reto, narrando la historia de su propia vida. Rezando y reflexionando en esta Palabra de Dios, nosotros, salesianos, nos dejamos desafiar por Él para “ser en la Iglesia signos y portadores del Amor de Dios a los jóvenes” (C 2).

El ardor de Pablo indica que no todos tienen simpatía por él. Hay algunos que se preguntan acerca de su papel entre ellos. No menos de catorce veces en 7, 1-18, hace preguntas airadas (ver los versículos 1 -4 veces-, 4,5,6,7 -3 veces-, 8-2 veces-, 9,10,11,13,18) para defenderse a sí mismo (v. 3). Los Corintios le son queridos, son fruto de su fatiga, un signo ante el Señor (vv. 1-2). Él, su apóstol, se siente profundamente herido porque algunos dudan de él. En estas feroces preguntas se descubre un hombre apasionado, que se preocupa de su misión en el nombre de Jesucristo y de la comunidad cristiana. Sólo de esta manera puede alguien llegar a ser todo para todos. El salesiano debe estar apasionadamente orgulloso de haber sido elegido como un apóstol para los jóvenes; debe vivir su vocación públicamente, ser infatigable en su compromiso en favor de los jóvenes, sentirse herido cuando su entrega viene cuestionada por otros, o cuando los suyos lo traicionan.

Un apóstol no se ve obligado a asumir la misión, sino que da una respuesta libre a la llamada de Dios (v. 1). El compromiso incondicional del apóstol, sin embargo, lo puede llevar a un estilo de vida que al mundo secular le parece extraño. Pablo libremente renuncia a sus derechos de alimentos y bebida, a una mujer, a una retribución por su trabajo en favor de la gente a la que sirve (vv. 4-7). Nos unimos a él en estos gestos que chocan con el estilo habitual de vivir, y por medio de una vida consagrada en obediencia, pobreza y castidad (C 60-84). El salesiano debe demostrar a los jóvenes que es un apóstol *para ellos, no para sí mismo*. “Me basta que seáis jóvenes, para que os ame... por vosotros estoy dispuesto incluso a dar la vida” (Don Bosco, C 14).

La Biblia dice que el trabajador tiene derecho a obtener un beneficio de su trabajo (vv. 8-9, refiriéndose a Dt 25, 4), que aquel que ara debe recibir una recompensa de la cosecha (v. 10, refiriéndose a Ben Sirach 6, 19). También Pablo puede, legítimamente, exigir un premio como fruto de su trabajo entre los Corintios (vv. 11-12). Pero no es éste el modo de actuar de Pablo. Él está impulsado por una pasión ardiente por difundir el Evangelio de Cristo. Cualquier idea de beneficio personal que reciba de la misión hay que abandonarla (C 73). La vida de Pablo demuestra que él vive el Evangelio que predica. Los salesianos se unen a él en este compromiso apasionado de vivir el Evangelio sin

componendas, participando “más estrechamente al misterio de su Pascua, a su anonadamiento y a su vida en el Espíritu” (C 60).

Pablo, movido por la urgencia divina, no puede obrar diversamente: “¡Pobre de mí, dice, si no anunciara el Evangelio!” (v. 16). No quiere gloriarse de sus virtudes (v. 15), ya que una sola cosa le interesa: predicar el Evangelio, movido por un sentido urgente de ser un apóstol del Señor. Él sirve sólo al Señor, y nunca a sí mismo (vv. 16-17). El modo más eficaz de proclamar el Evangelio es “gratuitamente”, no obteniendo de él ningún beneficio, sino más bien formando a aquéllos a quienes es enviado, de modo que lleguen a ser “el sello de su apostolado” (v. 2). Para el salesiano, “buenos cristianos y honestos ciudadanos” son el signo de que estamos viviendo el Evangelio (C 34-36).

El apóstol no conoce ni leyes culturales o sociales, ni límites. Pablo se convierte en el esclavo de todos (v. 19): judío con los judíos, paganos con los paganos, débil con los débiles. Hay una sola ley, y ésta es la Ley de Cristo (vv. 20-22). Hay una sola meta. Cueste lo que cueste, el compromiso incondicional de Pablo es el de salvar a aquéllos a quienes es enviado (v. 22). Si esto se hace en el nombre del Evangelio, Pablo se siente enriquecido por sus bendiciones (v. 23). Compartimos este compromiso de Pablo también nosotros, salesianos, llamados al servicio de la juventud, especialmente de aquella menos privilegiada, “que tiene mayor necesidad de ser amada y evangelizada... en los lugares de más grave pobreza” (C 26).

Pablo se dirige a los Corintios, pidiéndoles que renuncien a sus divisiones y mezquinas dificultades, que lo han impulsado a escribir esta carta. Les recuerda que están compitiendo en una carrera para conquistar la corona de su victoria final (v. 24). No hay un camino fácil, no hay vida sin sacrificio: nos percatamos que nos encontramos en una carrera y en una lucha, y que por lo tanto conviene actuar apropiadamente (vv. 25-26).

Pablo recorre primero el camino, como debe hacer todo apóstol. Si él no hubiera abrazado tal estado de vida y hecho de sí mismo un don apasionado para todos, su ministerio habría sido inútil. Esto lo habría descalificado de este precioso ministerio (v. 27). Lo que Pablo les pide a los Corintios, lo pide ahora también a nosotros: “Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (11, 1), para que no vayamos a quedar descalificados. La tradición continúa: cada salesiano continúa imitando a nuestro Fundador, y encarnando su Carisma, “imitando la preocupación de Don Bosco” (C 27).

Elementos de aplicación a la vida y a la oración

- ¿Sientes en tí mismo el ardor de Pablo, mientras pones en práctica tu carisma cristiano y salesiano? ¿Comprendes y compartes el compromiso incansable de Don Bosco en la realización del Carisma?
- Reflexiona sobre la práctica de tu Obediencia, libremente aceptada como un signo que va contracorriente en tu vida frente la cultura reinante. ¿Aceptas este aspecto fundamental de tu vocación apostólica con alegría, como parte de tu identificación con la relación entre Jesucristo y su Padre? ¿Te libera para poder servir a los jóvenes sin reservas? ¿A quién están sometidos tu corazón y tu voluntad?
- Reflexiona sobre tu Pobreza, libremente abrazada como un signo contracorriente en tu vida. ¿Aceptas este aspecto central de tu vocación apostólica con alegría, reproduciendo la sencillez y la generosidad de Jesús, como lo ha hecho Don Bosco? ¿Te “libera” para servir a los jóvenes sin reservas? ¿Qué es más importante para ti, las “cosas” en tu vida o los jóvenes que estás llamado a servir?
- Reflexiona sobre tu Castidad, libremente abrazada como un signo contracorriente en tu vida. ¿Aceptas este aspecto central de tu vocación apostólica con entusiasmo y alegría? ¿Te “libera” para servir a los jóvenes sin reservas? Donde está tu tesoro, ahí está también tu corazón (v. Mateo 7, 19): ¿dónde está tu corazón?
- ¿Qué importante es tu posición en el mundo, en la Iglesia, en la Congregación? ¿Eres exigente cuando se trata de lo que quisieras hacer con tu vida y tu ministerio? Pide

al Señor que te dé generosidad y entusiasmo, para realizar cualquier tarea y para quien sea, con tal que sea para los jóvenes y el servicio del Evangelio.

- ¿Consideras a los jóvenes, a los que te has entregado incondicionalmente en cuanto salesiano, como “tu obra en el Señor” y “el sello de tu apostolado en el Señor” (1 Cor 9, 1-2)? ¿O bien juzgas tu éxito según criterios que no tienen nada que ver con los jóvenes a los que se te envía?

- Pablo demuestra una buena comprensión de las exigencias de la vida apostólica cuando la describe como una carrera (1 Cor 9, 24). En el mundo secular hay muchos que corren para obtener el premio del corazón y de la vida de los jóvenes, con la finalidad de destruir su espontaneidad y belleza. Nosotros, salesianos, entramos en la carrera en nombre de Don Bosco, y hacemos todo lo posible para recibir el premio: corremos para obtener la corona imperecedera de jóvenes que son “buenos cristianos y honestos ciudadanos” (Don Bosco).

- Pide al Señor la fuerza de superar el miedo y la duda que sientes cuando te confrontas con la flata de éxito, con la crítica y con las deficiencias de los demás. El coraje de Pablo en defenderse a sí mismo y su Evangelio (1 Cor 9, 1-4) deben ser para ti una guía en esto.

- ¡Sé entusiasta y honesto! ¿Corres a veces sin una meta, o practicas el pugilato como uno que golpea el aire (1 Cor 9, 26)? ¿Reconoces los aspectos de tu vida salesiana que no producen fruto, y que a menudo hacen que se desperdicie una vida que se ha entregado incondicional y totalmente al Señor en la Congregación Salesiana para servir a los jóvenes, especialmente a los más necesitados.

- Reconoce la importancia de la “imitación”. Somos imitadores de Cristo, como lo fue Pablo. Somos imitadores de Pablo, e imitadores de Don Bosco. Toda nuestra mirada se dirige hacia Jesús, Buen Pastor. Reconoce tu dignidad en cuanto portador de la Buena Nueva a los jóvenes. Sigue corriendo en esta competencia por el Evangelio, para que participes de sus bendiciones (ver 1 Cor 9, 23).

Francis J. Moloney, SDB